La traducción de *Julia* o *La nueva Heloísa*, de José Mor de Fuentes*

MARÍA JESÚS GARCÍA GARROSA, UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

A pesar de la prohibición inquisitorial que pesaba desde 1764 sobre toda la obra de Jean-Jacques Rousseau, la influencia de *La nouvelle Héloïse* se había filtrado en la literatura española dieciochesca y había favorecido, junto con otros textos canónicos como los de Samuel Richardson, el desarrollo de la novela epistolar y, sobre todo, el de esa temática amorosa donde la pasión lucha con la virtud y los sentimientos individuales chocan con las barreras estamentales. La prohibición inquisitorial logró en cambio detener la difusión en España del texto novelesco,¹ que hubo de esperar mejores tiempos y mejores aires para poder imprimirse en español.

La historia de *La nouvelle Héloïse* en lengua española es aún bastante confusa, quizá porque la crítica no ha procedido a estudios específicos de las diferentes versiones documentadas. Entre 1814, fecha de la primera traducción, y 1837, de que data la última reedición de la novela en la primera mitad del siglo XIX, los catálogos más minuciosos contabilizan hasta 19 ediciones (Spell 1938: 278-281; Montesinos 1980: 235), aunque, revisando las descripciones que ofrecen, resulta muy difícil precisar de cuántas versiones se trata en realidad; una labor que sólo podrá completarse una vez localizadas y cotejadas convenientemente todas esas ediciones.

En esencia, *La nouvelle Héloïse* parece que tuvo tres traductores en España en la primera mitad del siglo XIX. La primera traducción

* Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación BFF2003-02569, del Ministerio de Educación y Ciencia, cofinanciado con fondos FEDER.

1 Sobre la entrada clandestina de ejemplares de *La nouvelle Héloïse* y otras obras de Rousseau en España véase Domergue (1981: 41-67).

es anónima y se publicó en Bayona en 1814; una segunda edición de esta versión, corregida y ampliada, firmada por las siglas A. B. D. V. B. se imprimió al parecer dos veces, en Burdeos y en Madrid, en 1820. La traducción de José Marchena se publicó también en Francia, en 1821, con varias ediciones posteriores, francesas y españolas, hasta la década siguiente. La más tardía es la versión de José Mor de Fuentes, que publicó Bergnes de las Casas en 1836-1837 y después Oliva, ambos en Barcelona.²

Las dos primeras versiones españolas de *La nouvelle Héloïse*, realizadas durante el reinado de Fernando VII, tuvieron que publicarse en Francia, salvo el paréntesis censor del periodo liberal que permitió algunas impresiones en España. La traducción de Mor de Fuentes se da en otras circunstancias políticas y literarias. La desaparición de la Inquisición hace posible la libre circulación del texto antes prohibido en un momento de florecimiento narrativo y de pujanza de la actividad editorial. En este nuevo contexto, la *Julia* del periodo romántico resulta un claro ejemplo de la labor conjunta de traductores y editores que ya desde la segunda década del siglo XIX tuvo como objetivo la comercialización en España de los grandes títulos de la novela europea.

La colaboración de José Mor de Fuentes con Antonio Bergnes de las Casas dio abundantes frutos desde el inicio de la actividad editorial del helenista catalán (véase Olives 1947: 121-258). El escritor aragonés colaboró en el periódico *El Vapor* (1833) y en otras obras periódicas lanzadas por Bergnes, quien dio a la luz prácticamente toda la producción literaria de Mor durante la década de los

2 Sobre la traducción de Marchena véase el trabajo de A. L. Baquero (2002). No conozco estudios sobre la versión de A. B. D. V. B. En cuanto a la traducción de Mor de Fuentes, la monografía sobre el escritor aragonés sólo le dedica una página y media (Cáseda 1994: 417-418). Algunos investigadores aluden a una traducción de Félix Enciso Castrillón (Spell 1938: 280; Álvarez Barrientos 2004: 23), basándose en Hurtado y González Palencia, según los cuales "*Julia* fue también puesta en castellano por don Félix Enciso Castrillón y por don José Mor de Fuentes" (1932: 932). Nada más se sabe de esta supuesta versión, que no creo que sea, como interpreta Álvarez Barrientos, la publicada por Bergnes hecha en colaboración con Mor de Fuentes.

treinta. A su vez, fue sin duda el consejo de Mor de Fuentes, un autor de gustos literarios más cercanos al neoclasicismo que al romanticismo imperante, el que llevó a Bergnes a editar las *Poesías* de Meléndez Valdés (1838), el *Teatro* de Álvarez de Cienfuegos (1836) y las *Obras* de Leandro Fernández de Moratín (1834).

La *nueva Heloísa* de José Mor llega a los lectores españoles en la década de auge de la novela histórica romántica, coincidiendo con las obras de López Soler, Vayo, Húmara, incluso con *El doncel de don Enrique el Doliente* de Larra o *Sancho Saldaña* de Espronceda. Fue precisamente Bergnes de las Casas uno de los más importantes difusores de las nuevas corrientes románticas, a través de la *Biblioteca selecta, portátil y económica*, colección en la que editó, entre otros, muchos títulos de Walter Scott, y de su imitador hispano López Soler. Pero, a la vez, Bergnes publicó traducciones de algunas de las novelas más importantes del siglo XVIII o de los primeros románticos europeos, como el *Gil Blas* de Lesage, *Pablo y Virginia* de Saint-Pierre, *El sitio de la Rochela* de Madame de Genlis, *René* de Chateaubriand, las *Últimas cartas de Jacobo Ortis* de Foscolo, el *Werther* de Goethe, o esta *Nueva Heloísa*.

La nómina de títulos publicados por Bergnes de las Casas en los años treinta es uno de los mejores ejemplos de los criterios que regían la actividad editorial del momento: junto a novelas españolas originales se hallan los títulos extranjeros, muy solicitados por el público. De este modo, la traducción de novelas se convirtió, como sabemos, en una iniciativa de los editores, que encargaban las versiones españolas —no siempre hechas por los mejores traductores ni en las mejores condiciones— con que nutrir sus *Bibliotecas* o *Colecciones*. En este contexto deben situarse las traducciones que hace Mor de Fuentes para Bergnes de *Las cuitas de Werther* en 1835 y de *Julia o La nueva Heloísa* en 1836. Son claramente encargos para ampliar su fondo editorial de novelas con dos de los autores y de los títulos más emblemáticos de la narrativa sentimental.

Pero José Mor no era uno de esos traductores sin muchos conocimientos ni oficio a los que los editores acudían para cubrir de manera rápida la demanda de nuevas entregas. Con setenta y cuatro

años, Mor no era ningún advenedizo en el mundo de las letras. Como creador había publicado bastante poesía, cuatro comedias, una novela, *La Serafina*, además de otras dos perdidas; había creado y dirigido un periódico, *El Patriota*. Su experiencia como traductor era también amplia, sobre todo de textos clásicos, pero también de las lenguas modernas. Además, en varios de sus escritos había expresado sus opiniones sobre la traducción.

Algunas de estas reflexiones se encuentran en su novela *La Serafina* (1807), o en el *Bosquejillo de su vida y escritos* (1836), pero es el prólogo al *Ensayo de traducciones que comprende La Germania, El Agrícola y varios trozos de Tácito con algunos de Salustio* (1798) el que recoge el pensamiento más elaborado y completo de Mor sobre este tema. Se muestra allí partidario de una traducción que respeta el sentido y la expresión del original, y considera un rasgo imperdonable de orgullo el que el traductor quiera alterar o embellecer el texto original para superarlo.³ Este principio de fidelidad le lleva a plantear las inevitables reflexiones sobre cuestiones anejas: los problemas de intraducibilidad debidos a la especificidad de las lenguas y del carácter nacional que reflejan, la mayor o menor riqueza de las lenguas en contacto, la pertinencia de neologismos, etc.

Con estas ideas teóricas sobre la traducción y con el bagaje que le daba su amplia experiencia traductora, Mor de Fuentes se pone a traducir a Rousseau. Su *Julia o La nueva Heloisa* se publica en cuatro volúmenes, el primero de los cuales lleva en la portada la fecha de 1836, pero en la cubierta la de 1837, como los tres restantes, lo que

3 “Lo más aventurado para un traductor es el alterar una frase a fin de abrillantar su concepto; y sólo se debe franquear un derecho tan disputable a quien a costa de infinito desvelo se ha estrechado con su autor, tiene presente, por decirlo así, toda la gradería de sus ideas y cala hasta el fondo de sus intenciones por entre el rebozo de una expresión dudosa. Pero decir por cuenta de uno lo que ni siquiera dejó insinuado es sinrazón indisculpable con sus visos de felonía” (Mor de Fuentes 1798: XII). Puede leerse el texto completo en García Garrosa & Lafarga (2004); una aproximación a las ideas de Mor sobre la traducción en Álvarez Barrientos (2004).

indicaría una impresión previa del primer volumen y una publicación conjunta de toda la novela en 1837.⁴

Desde su primera edición en 1761 el texto de Rousseau sufrió varias modificaciones, con sucesivas incorporaciones o supresiones de elementos, por lo que no es fácil precisar qué texto traduce Mor, aunque sí puede afirmarse que es una edición no anterior a 1793, pues su versión incluye el párrafo final del primer prólogo y una cita en nota en el segundo prólogo que se publicaron por primera vez en *Julie ou la nouvelle Héloïse* en la edición Defer de Maisonneuve de 1793 (Rousseau 1993: I, 63). Además del segundo prólogo con las ideas de Rousseau sobre la novela,⁵ la versión de Mor ofrece también a los lectores el apéndice “Los amores de Milord Eduardo Bomston” y una carta de Rousseau.

Conforme a sus ideas sobre el trabajo y las competencias del traductor, Mor de Fuentes ofrece una versión fiel del texto francés. No podía ser de otro modo, además, en una obra tan conocida, convertida ya en un hito fundamental en la historia de la novela en toda Europa. No caben supresiones, a no ser –como las hubo por ejemplo en la primera traducción de 1814– depuraciones en nombre de principios morales o religiosos en un texto que hasta esta versión de 1836 seguía expuesto al ojo crítico de la censura; ni mucho menos son pertinentes adiciones o connaturalizaciones, algo además muy impropio de la novela epistolar, donde conseguir la ilusión de realidad implica “el mantenimiento del origen y circunstancias que rodean a los protagonistas” (Baquero 2002: 398).

Así pues, en esta versión el texto novelesco es trasladado puntualmente y sin modificaciones sustanciales, aunque con ligeros cambios en la puntuación del original. Incluso las partes más con-

4 Sólo he podido localizar ejemplares de esta edición, y en ningún caso del texto completo, en la B. de la Universidad de Salamanca (tomos I, III y IV), y la B. Pública de Alcalá de Henares (tomos I y II). Agradezco a Margarita Becedas, directora de la biblioteca salmantina, su ayuda para localizar estos textos y facilitarme su consulta.

5 Parece ser la primera vez que este *Préface dialoguée* llegó al público español, pues no lo incluyen ni la versión de Marchena ni la de A. B. D. V. B.

fictivas de la obra, las que atañen a la religión, han sido mantenidas y trasladadas sin matizaciones o notas de censura, como las reflexiones sobre el libre albedrío y la gracia divina o el poder de la oración (parte VI, cartas 6 y 7), la confesión del ateísmo de Wolmar (parte V, carta 5), o la negativa de la protagonista en su lecho de muerte a recibir asistencia religiosa, con sus comentarios sobre el comportamiento de los ministros de la Iglesia en estas situaciones (parte VI, carta 11). A lo largo de las seis partes de la novela muy raramente se detecta la supresión de alguna frase, pero sin duda se debe más a descuido que a omisión voluntaria; lo mismo puede decirse de adiciones mínimas, que son más bien ampliaciones de alguna frase original. Y salvo por la españolización de algunos nombres (Julia, Clara, Henriquilla, Paquita Regard/Paca Anet) sólo en ocasiones muy concretas se permite Mor adecuar el texto a un público español; por ejemplo, en el “Prólogo segundo”, las referencias a personajes de novelas francesas muy conocidas en su país, pero quizá no tanto en la España romántica, como las de personajes de *L’Astrée* de Honoré d’Urfé (I, XXI, XXVI), son sustituidas por nombres habituales para los lectores españoles de la tradición de la poesía bucólica o de la novela caballeresca (*Amadís*), o simplemente se suprimen.

Insertos en el cuerpo de las cartas que conforman la novela aparecen versos de autores italianos (Petrarca, Tasso, Metastasio) que Rousseau sólo en ediciones tardías tradujo, y en prosa. Mor de Fuentes, que no era mal poeta, mantiene esos fragmentos poéticos, y añade en nota su propia traducción en versos castellanos.

En cuanto a las notas que como “editor” de la correspondencia entre los dos amantes de la ciudad de los Alpes Rousseau añade al texto de esas cartas, en general pasan a la versión española. En este caso la intervención del traductor es algo más destacada. Mor de Fuentes suprime algunas de esas notas, pero se trata en casi todos los casos de anotaciones de carácter lingüístico, inoperantes ya en una obra trasladada a otra lengua, o bien son notas explicativas de algún término, lugar o costumbre de la zona en que se desarrolla la acción. En este caso, lo que suele hacer Mor es eliminar la nota, y no traducir, sino sustituir el término en cuestión por otro castellano

familiar al lector español. Por ejemplo, en la carta 10 de la v parte Mor de Fuentes suprime dos notas sobre las viandas que se citan en el texto, propias de la región alpina, y cambia dichas viandas por otras bien españolas: “Llega luego la colación, compuesta de lactici-nios, de barquillos, de tortas y bizcochos o de otros manjares a que tienen afición los niños y las mujeres. [...] La Paquita me sirvió natillas, barquillos y pastelitos” (III, 91).⁶ La adición de notas es, en cambio, muy infrecuente. Además de las citadas traducciones de los versos, la intervención directa de Mor se reduce a algún breve comentario añadido a las notas de Rousseau.⁷

Un año antes de la aparición de *La nueva Heloísa*, el mismo Bergnes publicaba *Las cuitas de Werther*, traducción de Mor del *Werther* de Goethe. Creo que la visión conjunta de dos obras, ambas novelas epistolares, traducidas prácticamente al mismo tiempo nos ayudará a analizar y valorar el trabajo como traductor de Mor de Fuentes en la madurez de su vida.

La versión de la novela alemana fue analizada hace algunos años por R. Pageard. Su valoración es que la traducción de Mor es irregular, y se combinan en ella las deficiencias con los aciertos: “Si la dentelle psychologique de Goethe se transforme trop souvent chez

- 6 “La collation vient, composée de quelques laitages, de gaufres, d’échaudés, de merveilles, ou d’autres mets du goût des enfants et des femmes. [...] La Franchon me servit des grus, de la céracée, des gaufres, des écrelets” (II, 66-67). Cito el texto francés por la edición de H. Coulet (Rousseau 1993). En el texto español actualizo la acentuación y la grafía; tras cada cita menciono el tomo en números romanos y la página.
- 7 Por ejemplo, en la nota de la carta 3 de la iv parte, Mor hace un comentario relativo a la altura de los gigantes patagones (III, 29), o en la nota de la carta 13 de la v parte añade a lo escrito por Rousseau: “Véanse las aventuras de milord Eduardo al final del tomo” (IV, 157). Se manifiesta así más parco en el enriquecimiento de original que los traductores anteriores de *La nouvelle Héloïse*; Marchena, además de notas propias, amplía con sus comentarios las notas de Rousseau (Baquero 2002: 400-401), y A. B. D. V. B. traslada muy pocas notas del autor, pero incorpora bastantes notas propias, casi todas comentando los aspectos más “peligrosos” de la novela francesa, los relativos a la religión, y a las declaraciones o encuentros amorosos de los protagonistas.

Mor en un rustique drap décoré, on ne peut méconnaître que la traduction ne manque ni de vie ni de pittoresque” (Pageard 1993: 272). La novela de Goethe adolece en esta versión española de errores de traducción o de contrasentidos por falta de comprensión del original; unos fallos que sin duda se deben al conocimiento limitado que Mor de Fuentes tenía del alemán, pues su traducción se hizo directamente de esa lengua. Por otro lado, Pageard ve dos excesos en el lenguaje de Mor: uno la afectación y cursilería por el uso excesivo de diminutivos, y otro la socarronería castiza rayana en la vulgaridad por su afán de castellanizar el texto como reacción al afrancesamiento dominante en las traducciones de la época (1993: 269-272). Son excesos que quedan, en parte, compensados con el matiz poético que, con sus buenas dotes para la poesía, supo dar Mor de Fuentes al texto alemán (Pageard 1993: 273).

La envergadura de la novela de Rousseau no permite en este trabajo un cotejo detallado con la versión de José Mor como el realizado por Pageard para la obra de Goethe, pero sí quiero presentar algunas observaciones que permitan una valoración de la técnica traductora de Mor y de sus resultados literarios.

La *Julia* o *La nueva Heloísa* que firma Mor es una buena traducción, en el sentido de que no desfigura el texto de partida, de que no lo malinterpreta, de que no comete graves fallos de traslación. Pueden detectarse errores, pero algunos son tan elementales que parecen más bien descuidos, o incluso erratas, en una edición en la que, por cierto, no escasean los errores tipográficos.⁸

8 Así, *guérie*>“cuerda” (I, 16), *J’attends*>“Entiendo” (I, XVI), *Rien ne les entend*>“Nadie les entiende” (I, XVIII). Otros errores se deben más bien a precipitación o apego literal al original: “si tu n’es pas le dernier des hommes”>“si no eres tú el más ruin del ser humano” (I, 15), “si telle est ta manière d’être jolie le moins qu’il est possible”>“si tal es tu modo de ser hermosa lo menos posible” (I, 156). Por otro lado, no sé si es imputable al traductor o al impresor un error en la atribución de los párrafos a los interlocutores en el diálogo del “Prólogo segundo” (I, XXXI). Hay también un error en el encabezamiento de la carta 11 de la VI parte, que es de Monsieur de Wolmar a Saint-Preux, no de “Madama de Wolmar”, como reza el texto español (IV, 279).

Si su perfecto dominio de la lengua francesa le permite hacer una versión correcta, otra cosa es la apreciación estética de su recreación en castellano de la prosa de Rousseau. En este sentido, creo que como valoración general pueden ampliarse a esta *Julia* los mismos juicios de Pageard sobre *Las cuitas de Werther*: es una traducción desigual, donde momentos de acierto y hallazgos estilísticos muy estimables conviven con páginas o fragmentos poco afortunados por pesados, oscuros, a veces engolados y otras francamente vulgares. Hay que conceder que algunos de estos lastres son debidos a la mano original, y a la propia diversidad del texto, que en su forma epistolar da cabida a tantos estilos como corresponsales, y a elementos narrativos tan dispares como descripciones de la naturaleza, arrebatos de la pasión, lecciones de moral, largos razonamientos o disertaciones sobre los más variados temas. En este sentido, mi percepción es que Mor traduce mejor los transportes del sentimiento y la visión de la naturaleza que las reflexiones intelectuales o morales, su pluma es más ágil, más “literaria” en los estados de ánimo que en los párrafos discursivos; por eso, quizá, su voz se aviene mejor con el carácter que expresa en sus cartas Saint-Preux que con el de *Julia*.⁹

Es preciso igualmente matizar esta apreciación general señalando que la traducción de Mor de Fuentes va mejorando a medida que avanzan los volúmenes, quizá al mismo tiempo también que los personajes maduran, que su relación y sus vidas se transforman y que la novela cambia de tono. Y también, sin lugar a dudas, porque el traductor se esmeró más en su trabajo después de un primer volumen trasladado a todas luces con bastante precipitación.

Algunos ejemplos extraídos de ese primer volumen nos servirán de muestra de los rasgos de estilo de esta *Julia* o *La nueva Heloísa* vertida por José Mor de Fuentes:

9 Véase, por ejemplo, el contraste entre la traducción de la cartas en que Saint-Preux describe la naturaleza y el reflejo en ella de sus sentimientos gozosos o atormentados (parte I, cartas 23 y 26; parte IV, cartas 11 y 17) y aquellas en las que su amante diserta sobre temas sociales, morales o religiosos (parte I, cartas 46 y 57; parte V, carta 3; parte VI, carta 6).

El que vive arrinconado no ahínca en leer para ostentar su tarea; variando menos su leyenda, la rumia sin término; y no hallando ésta por defuera contraste de mayor cuantía, surte más poderoso efecto en el interior. (I, XXII)

No soy yo un inicuo seductor, como tú desatentada me apellidas; soy sí un hombre cariñoso y pechi-abierto para con todos, y nada siento de que deba correrme; en una palabra, aborrezco más al vicio, que no amo a Julia. No sé, no, no sé si la pasión que tú flechas puede allanarse al trascuerdo de la virtud. (I, 19)

En el *Bosquejillo de su vida* Mor de Fuentes refiere que al iniciarse el siglo XIX sus escritos le habían ganado la estimación de “prosista castizo, fluido y armonioso” (1943: 30), unas virtudes que, en efecto, incluso el lector actual reconoce en su novela original *La Serafina*, publicada en su primera versión en 1798, cuya frescura, agilidad y “realismo” sorprenden en unos años en que el estilo de la novela estaba dominado por los excesos de la retórica del sentimiento. Las frases citadas arriba, muy representativas del estilo predominante en esta *Nueva Heloísa*, parecen confirmar que, cuarenta años después, la pluma de Mor no conservaba esas apreciables cualidades. Su estilo resulta en general pesado, y el tono, alejándose bastante del original, presenta contrastes entre el extremo de lo castizo que cae directamente en lo vulgar (con un “Allá va el manuscrito; me lo he mamado entero” se inicia el “Prólogo segundo”, I, IX), y el de lo ampuloso: “No, digno amigo mío, no emponzoñes con injustos cargos el inocente gozo que me infunde tan regalado impulso” (I, 64).

Ambas tendencias se aprecian muy bien en el plano léxico. Mencionaba Pageard como rasgo de estilo en *Las cuitas de Werther* el uso de diminutivos. En *La nueva Heloísa* su utilización es constante, y no parece obedecer a ninguna regla de uso, pues Mor los distribuye a discreción. Pero el problema no es tanto su presencia excesiva como lo inapropiados que resultan, pues causan un fuerte contraste con el tono dramático, lírico o moral del momento. Así resulta absolutamente fuera de tono discutir sobre la licitud moral del duelo (carta 57 de la I parte) apelando al “honorcillo” (I, 195) y al “escrupulillo” (I, 201); o que quien siente el peso del destino y se

duele del *mal de vivre* aluda al “puestecillo que me cupo en la haz de la tierra” (I, 92) o considere a los hombres “Cuitados juguetillos de una fortuna ciega” (I, 180). Tampoco parece muy propio, en el contexto de esta novela, referirse a los avatares del sentimiento amoroso en términos de “celillos” o “arcanillos” entre los amantes, decir que “el amor no se sacia con finecillas” (I, 177) o “tener por pasión una aficioncilla volandera” (I, 124). Por fin, parece fuera de lugar que en una larga exposición sobre la libertad del hombre, el libre albedrío y la gracia divina (carta 6 de la sexta parte), se apele a la doctrina de san Pablo para sostener: “Somos libres, desde luego, pero somos ignorantes, endeblillos y propensos al desliz”, en un párrafo que termina de este modo: “¡Ay filosofazos agigantados! Os estará Dios agradecido por suministrarle así métodos comodillos que abrevian sus afanes” (IV, 230-231).

Otras veces la nota discordante se debe a la presencia de términos o expresiones que resultan forzados y en modo alguno crean impresión de naturalidad. Es el caso de compuestos tan poco afortunados como “pechi-abierto” (I, 19, 79)¹⁰ para traducir “sensible”, o de participios presentes como “¡Cuán embelesante asoma ese misterioso albergue!” (I, 183), “aquel cadáver asustante” (I, 204), “pre-cave esas sospechas asomantes” (I, 191), o unos besos “sobrado acedos y traspasantes” (I, 53).

La fluidez expresiva de esta versión se resiente así por el recurso a este léxico donde conviven términos demasiado cultos con otros

10 La utilización de diminutivos y de palabras compuestas coincide con la opinión expresada por Mor en el prólogo a su *Ensayo de traducciones*: “También permite [la lengua castellana] la formación de compuestos, pero en fuerza de una vulgaridad lastimosa tanto estos como los aumentativos y diminutivos se descartan comúnmente del estilo culto y quedan vinculados en el familiar. Sé que un escritor moderno, rompiendo la valla, ha dicho en poesía sería *dulci-ardiente* y otro *hondi-sonante*, y estos ejemplos deben seguirse hasta en la prosa, despreciando altamente las críticas de estos mentecatos, que ajustando el idioma a la estrechez de su cerebro intentan encarcelarlo en las expresiones ya establecidas” (Mor de Fuentes 1798: xvii).

de registro vulgar,¹¹ y especialmente por la utilización reiterada de palabras o construcciones como *orillar*, *trascordar*, *sí propio*, *desalar*, *engolfarse*, y algunas otras, que dejan frases tan poco logradas como “¡Julia olvidada! ¿No me trascordaría yo antes de mí propio?” (I, 81).

Con todo, no sería justo enjuiciar los resultados de la traducción de Mor de Fuentes sólo por los ejemplos citados, casi todos, ya se ha dicho, del primer volumen en el que la traducción está menos cuidada. En el haber de esta *Nueva Heloísa* hay que señalar aciertos que afectan también a todos los planos lingüísticos y a los recursos de estilo. Así, el tuteo, que desde muy pronto sustituye al tratamiento formal entre los amantes, y que da a su correspondencia un apreciable sabor de intimidad y espontaneidad;¹² o el casticismo, esta vez sí muy oportuno, con que el traductor sabe colocar expresiones como *quijotismo*, *tertulias*, *tomar el refresco* o *ser un babeiaca*.

En su juventud, Mor de Fuentes había escrito *La Serafina*, una novela epistolar sin duda influenciada por la novela francesa que ahora traduce. Allí había construido una relación amorosa asentada en sus inicios en la tradición medieval del amor cortés. Por eso no es de extrañar que esta versión de *La nouvelle Héloïse* destaque, a mi juicio, por la propiedad con que Mor sabe poner en español la imaginación y el lenguaje de los primeros estadios del amor entre Julie y Saint-Preux, deudores también de esa tradición amorosa cortés, como estas palabras de Saint-Preux: “no apetezco finar, y sin embargo estoy agonizando; quisiera vivir por ti, y tú eres mi matado-

11 Algunos de estos términos son de uso recogido en el diccionario académico, pero otros son creación del propio Mor. Valgan unos ejemplos: *aleñar*, *desabultar*, *desacopar*, *desavalorar*, *descompadrar*, *desengolfarse*, *dignación*, *endeblecer*, *espachinar*, *fementimiento*, *ilugar*, *inmoble*, *lelez*, *perdidosos*, *temerón*.

12 Los amantes retoman el tratamiento formal (“vos” y no “usted”, como en el primer volumen) cuando reanudan su correspondencia y Julia ya es Madame Wolmar.

ra” de la carta 10 de la 1 parte (I, 37), que parecen sacadas de un cancionero castellano del siglo XV.¹³

Igualmente, en muchos momentos de su traducción Mor de Fuentes sabe transmitir con acierto el tono arrebatado o el lírico, sabe recrear en otra lengua la naturaleza de los Alpes y los combates entre la pasión y la virtud de los amantes, sabe alejarse sutilmente de la frase y el lenguaje de Rousseau para encontrar una imagen más personal o una expresión propia. Sirva de ejemplo un fragmento de la famosa carta que concluye la cuarta parte de la novela: el paseo en barca de los amantes por el lago de Ginebra y por las montañas que lo rodean:

Aquel sitio solitario era un rincón montaraz y despoblado, pero rebosante de aquella especie de primores que sólo encarnan en los pechos afectuosos, y se hacen horrorosos a los demás. Un raudal disparado por la nieve derretida roncaba a veinte pasos con su agua cenagosa y arrebatada estruendosamente légamo, arena y guijas. A nuestra espalda, una serranía de peñascos inaccesibles zanjaba la explanada en que nos hallábamos de aquella parte de los Alpes que llaman las heleras, por cuanto cumbres agigantadas de hielo recreciendo más y más los cubren desde el principio del mundo. Nos emboscábamos por la derecha por la espesura de pinos denegridos y tristonos. Asomaba por la izquierda y a la traspuesta del torrente un encinar grandioso; y tendíase a nuestras plantas aquella inmensa llanura de agua que forma el lago en el regazo de los Alpes, cuyo cuadro coronaba la cima del majestuoso Jura. [...] O Julia [...], estos son los sitios donde antaño estuvo suspirando por ti el amante más leal del universo; estos mismos donde tu idolatrada imagen labraba su dicha, y estaba ya encaminándole a la que te mereció en fin a ti misma. No asomaban entonces ni frutas ni sombras; el verdor florido no alfombraba su césped, no los dividían corrientes cristalinas y plateadas, no gorgjeaban amorosamente las avecillas; el gavilán voraz, el cuervo enlutado y el águila formidable hacían sólo resonar con sus graznidos estas breñas; inmensas colgaduras de hielo cuajaban estos peñascos; carámbanos entretejidos era la única gala de estos árboles; todo estaba retratando el rigor del invierno y la

13 Compárese, por ejemplo, con estos versos de Lope de Estúñiga: “eres tú la penadora/syn entención de penar/e serás, buena sennora,/dicha cruel, matadora/syn uoluntad de matar” (Salvador Miguel 1987: 88). El original dice: “je ne voudrais point mourir, et toutefois je me meurs; je voudrais vivre pour vous, et c’est vous qui m’ôtez la vie” (I, 98).

crudeza de las escarchas, y sólo el ardor intensísimo de mi pecho contrarrestaba el aterido cuadro, pasando días y días en pensar en ti. (III, 193-196)

Si esos logros no se extienden a todas las páginas de la novela es porque el texto de Mor da la impresión de ser un trabajo precipitado, una traducción poco cuidada. Quizá la dinámica habitual de las traducciones de esta época, hechas a toda prisa para cumplir las demandas editoriales, tuvieran que ver también en el poco esmero de ésta; pero no hay duda de que tal precipitación se avenía bien con el modo habitual de componer de Mor de Fuentes: rápido, casi espontáneo, sin un plan previo, sin revisiones, tal y como confiesa él mismo en el *Bosquejillo* que escribió su perdida novela *Faustino y Dorotea* o su autobiografía: “Extendí luego una novela intitulada *Faustino y Dorotea* [...]. La dejé casi concluida, escribiéndola, según mi ya inveterada costumbre, sin borrador y sin retoques, como van estos apuntes” (Mor de Fuentes 1943: 74). Aún más explícito resulta su comentario sobre cómo tradujo en 1811 parte de la novela *El cementerio de la Magdalena*:

Entretanto, un librero bien conocido [Ferrer de Orga] me propuso traducirle el *Cementerio de la Magdalena*, novelucha semihistórica, para mí de poquísimos méritos [...]. Su estilo era desencajado, y así se hacía forzoso decorar un párrafo y luego de memoria verterlo todo en castellano. Aun con este ejercicio tan violento, despaché el primer tomo en cinco días, pero estas mismas *despachaderas* se le indigestaron al sandío librero, el cual se fundaba en la imposibilidad para él de un desempeño acertado con tan inaudita rapidez. (Mor de Fuentes 1943: 54)

Seguramente *La nouvelle Héloïse* era una novela que le merecía a Mor mejor opinión, y sin duda tardó más de cinco días en trasladar al español su primer volumen. Es cierto que la traducción mejora paulatinamente, y que es el primero el que produce más impresión de desaliño, pero sin duda una traducción más sosegada de todo el texto y una revisión que limara el estilo, corrigiera repeticiones o ajustara el tono, hubieran mejorado esta tercera versión española de la novela de Rousseau, dejando así constancia de la probada capacidad como narrador y como traductor de Mor de Fuentes.

Por otro lado, hay que convenir en que si la prosa de José Mor no tiene aquí la frescura y la agilidad que mostró en *La Serafina* es, primero, porque *La nueva Heloísa* no es un texto propio, y, sobre todo, porque esta traducción no es ya una obra de juventud. Por este motivo, no dejan de sorprender el vigor y la fuerza que un hombre de setenta y cuatro años imprime a la traducción de una obra de tal envergadura.

Los especialistas han demostrado que durante el siglo XVIII y el primer XIX, pese a la prohibición inquisitorial de su circulación y lectura, el nombre del ciudadano de Ginebra, sus textos y las ideas que contenían fueron ampliamente conocidos, admirados e imitados en España. Otra cosa es 1837. *La nouvelle Héloïse* había permanecido sin duda en el imaginario colectivo como ejemplo del amor sentimental, y la historia de los dos amantes suízos había tenido mucho que ver en el desarrollo del romanticismo hispano. Pero el nombre de Rousseau estaba desprovisto ya de las connotaciones políticas e ideológicas, quizá también de las literarias, que tenía para cualquier lector de finales del XVIII, o incluso de los años de las primeras traducciones de su novela. Por eso ahora sí hay que acercarle al lector el texto de una obra “nueva”, que en cierto modo se descubre por una nueva generación de lectores. Y esto sucede en 1836-1837, justo en el momento del furor romántico dominando el panorama literario, con las recientes ediciones de *Sancho Saldaña* y *El Doncel* y los estrenos aún calientes de *Macías*, *Don Álvaro* o *El trovador*. No es casual, pues, esta traducción que Mor hace para Bergnes, como no lo es la reedición ese mismo año de la versión de Marchena, que no se editaba desde mediados de la década anterior. Son esas circunstancias favorables las que reactualizan la novela de Rousseau y las que permiten la mirada de un nuevo traductor sobre un texto convertido ya en un clásico.

En pleno auge del romanticismo Mor de Fuentes distaba mucho de compartir los ideales éticos y estéticos de una generación que no era la suya. Su traducción no tiene ningún sabor romántico, y hasta se diría que ha querido quitarle a la novela la pátina del sentimentalismo dieciochesco que Rousseau contribuyó a instaurar en

la literatura de su siglo. Setenta años después de su composición, la *Julia o La nueva Heloísa* ofrece a esos nuevos lectores españoles de Rousseau una versión más neutra, más depurada, más “realista”, pero no por ello desprovista de intensidad y emoción, de la historia de los dos amantes de la pequeña ciudad al pie de los Alpes. Quizá José Mor de Fuentes, en pleno romanticismo, esté dando ya un paso, como lo dio muchos años antes en *La Serafina*, hacia una forma de realismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. 2004. “Literatura y casticismo: José Mor de Fuentes y su *Ensayo de traducciones*” in Patrizia Garelli & Giovanni Marchetti (ed.), “*Un hombre de bien*”. *Saggi di lingue e letterature iberiche in onore di Rinaldo Frolidi*, Alessandria, Edizioni dell’Orso, I, 21-30.
- BAQUERO ESCUDERO, Ana Luisa. 2002. “Novela epistolar y traducción: Marchena y *La Nouvelle Héloïse*” in Francisco Lafarga, Concepción Palacios & Alfonso Saura (ed.), *Neoclásicos y románticos ante la traducción*, Murcia, Universidad de Murcia, 391-404.
- BERMÚDEZ-CAÑETE, Federico. 1989. “Notas sobre la influencia de Rousseau en España” in *Homenaje al Profesor Antonio Gallego Morrell*, Granada, Universidad de Granada, I, 209-221.
- CÁSEDA TERESA, Fernando. 1994. *Vida y obra de José Mor de Fuentes*, Monzón, Centro de Estudios de la Historia de Monzón.
- DOMERGUE, Lucienne. 1981. *Tres calas en la censura dieciochesca (Caldaso, Rousseau, prensa periódica)*, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail.
- GARCÍA GARROSA, María Jesús & Francisco LAFARGA. 2004. *El discurso sobre la traducción en la España del siglo XVIII. Estudio y antología*, Kassel, Reichenberger.
- HURTADO, Juan & Ángel GONZÁLEZ PALENCIA. 1932. *Historia de la literatura española*, Madrid, s. i.
- MONTESINOS, José F. 1980. *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida del esbozo de una bibliografía espa-*

- ñola de traducciones de novelas (1800-1850), Madrid, Castalia, 4ª ed.
- MOR DE FUENTES, José. 1798. "Discurso preliminar" en *Ensayo de traducciones que comprende La Germania, El Agrícola y varios trozos de Tácito con algunos de Salustio, un discurso preliminar y una epístola a Tácito por Don José Mor de Fuentes y Don Diego Clemencín*, Madrid, Benito Cano, VII-XXIV.
- MOR DE FUENTES, José. 1836-1837. *Julia, o la Nueva Heloísa. Por Juan Jacobo Rousseau; puesta en castellano por D. José Mor de Fuentes*, Barcelona, Imprenta de A. Bergnes, calle de Escudellers, 4 vols.
- MOR DE FUENTES, José. 1943. *Bosquejillo de la vida y escritos*, Madrid, Atlas.
- OLIVES CANALS, Santiago. 1947. *Bergnes de las Casas, helenista y editor. 1801-1879*, Barcelona, CSIC.
- PAGEARD, Robert. 1993. "La traduction espagnole de *Werther* par José Mor de Fuentes (1835). À propos d'une réédition", *Revue de littérature comparée* 265, 267-274.
- RÍO, Ángel del. 1936. "Algunas notas sobre Rousseau en España", *Hispania* XIX, 105-116.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques. 1964. *La Nouvelle Héloïse* in *Œuvres complètes*. Edición de Henri Coulet y Bernard Guyon, París, Gallimard, II (Bibliothèque de la Pléiade).
- ROUSSEAU, Jean-Jacques. 1993. *La Nouvelle Héloïse*. Edición de Henri Coulet, París, Gallimard, 2 vols.
- SALVADOR MIGUEL, Nicasio (ed.). 1987. *Cancionero de Estúñiga*, Madrid, Alhambra.
- SPELL, Jefferson R. 1938. *Rousseau in the Spanish World before 1833. A Study in Franco-Spanish Literary Relations*, Austin, The University of Texas Press [reimpresión Nueva York, Gordian Press, 1969].